

TEMPLO HERMANA TERESA



“¡No te engañes!”

18/10/2025





“¡No te engañes!”

Queridos hermanos y hermanas:

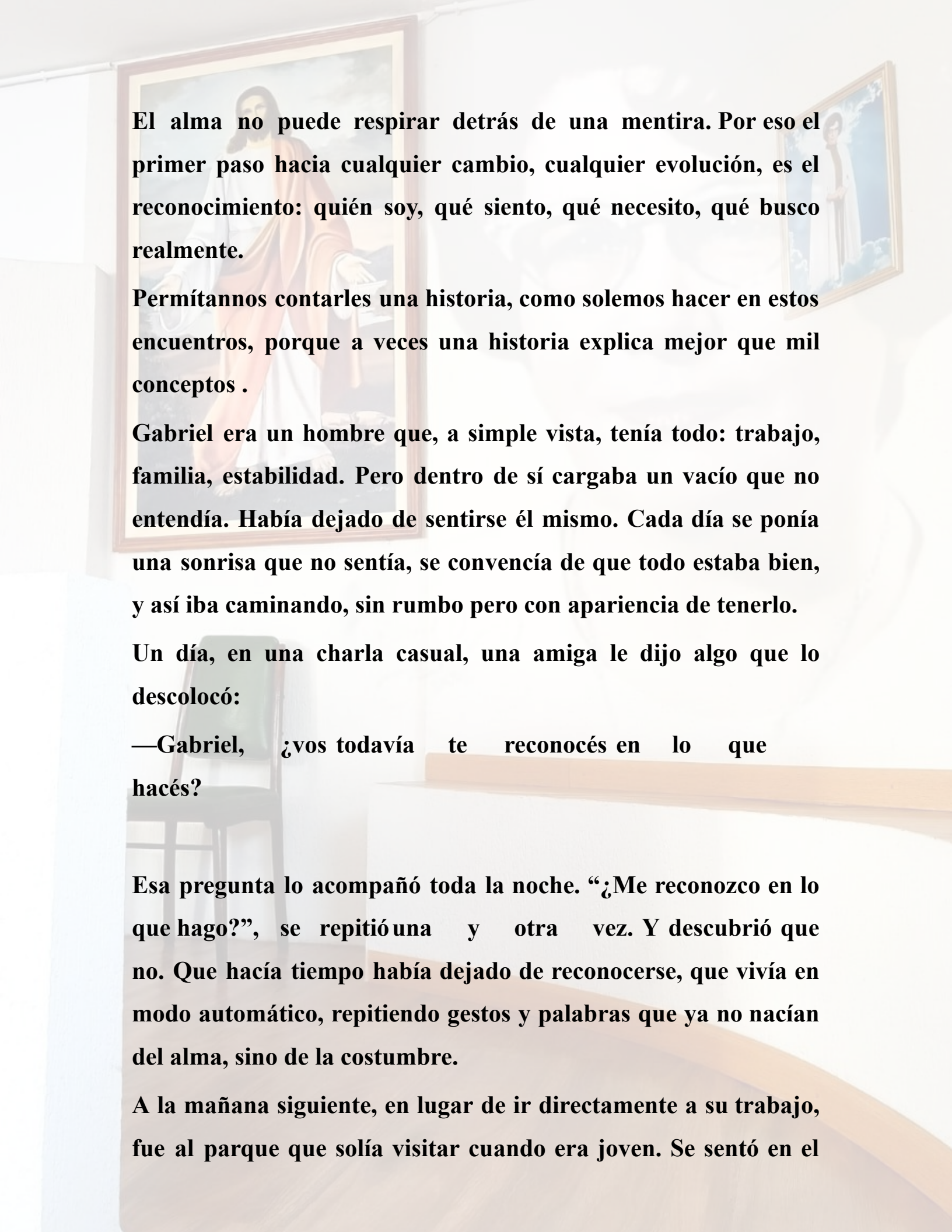
En esta Ceremonia de hoy queremos reflexionar con ustedes respecto a una frase. que Carlos nos compartió. Que parece simples, pero esconde universos de profundidad. La frase dice:

“Quien no se reconoce a sí mismo, fácilmente se engaña. La peor de las mentiras es lo que no decimos, a nosotros mismos.” En estas palabras habita una verdad que, aunque a veces temamos mirarla de frente, nos conduce a la raíz misma del crecimiento humano y espiritual: el autoconocimiento.

Reconocerse no es una tarea que se haga en un instante. No se trata de mirarse en el espejo y describir lo que vemos. Reconocerse es mirarse en el alma y animarse a escuchar lo que callamos. Es aceptar que dentro de nosotros hay luces y sombras, fortalezas y debilidades, certezas y dudas

Solo quien se atreve a verse tal cual es, sin disfraces ni excusas, comienza realmente el camino de la verdad.

Porque cuando no nos reconocemos, empezamos a mentirnos. Y esa mentira, aunque no se diga en voz alta, pesa. Es silenciosa, pero constante. Es la mentira que nos adormece, que nos convence de que “todo está bien” cuando algo dentro nuestro grita que no lo está. Es la mentira que nos aparta de la Fe, porque la Fe solo puede habitar en almas sinceras.



El alma no puede respirar detrás de una mentira. Por eso el primer paso hacia cualquier cambio, cualquier evolución, es el reconocimiento: quién soy, qué siento, qué necesito, qué busco realmente.

Permítannos contarles una historia, como solemos hacer en estos encuentros, porque a veces una historia explica mejor que mil conceptos .

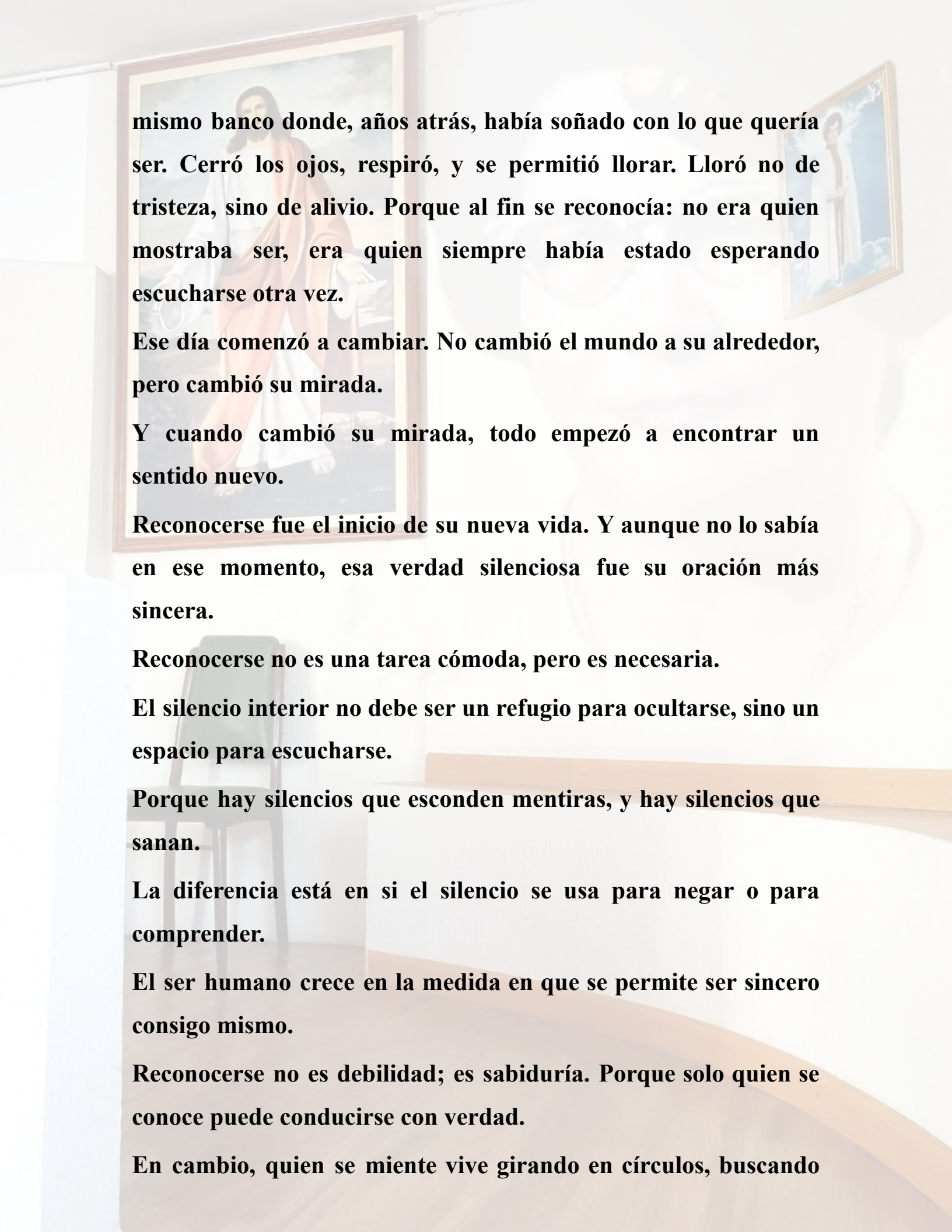
Gabriel era un hombre que, a simple vista, tenía todo: trabajo, familia, estabilidad. Pero dentro de sí cargaba un vacío que no entendía. Había dejado de sentirse él mismo. Cada día se ponía una sonrisa que no sentía, se convencía de que todo estaba bien, y así iba caminando, sin rumbo pero con apariencia de tenerlo.

Un día, en una charla casual, una amiga le dijo algo que lo descolocó:

—Gabriel, ¿vos todavía te reconocés en lo que hacés?

Esa pregunta lo acompañó toda la noche. “¿Me reconozco en lo que hago?”, se repitió una y otra vez. Y descubrió que no. Que hacía tiempo había dejado de reconocerse, que vivía en modo automático, repitiendo gestos y palabras que ya no nacían del alma, sino de la costumbre.

A la mañana siguiente, en lugar de ir directamente a su trabajo, fue al parque que solía visitar cuando era joven. Se sentó en el



mismo banco donde, años atrás, había soñado con lo que quería ser. Cerró los ojos, respiró, y se permitió llorar. Lloró no de tristeza, sino de alivio. Porque al fin se reconocía: no era quien mostraba ser, era quien siempre había estado esperando escucharse otra vez.

Ese día comenzó a cambiar. No cambió el mundo a su alrededor, pero cambió su mirada.

Y cuando cambió su mirada, todo empezó a encontrar un sentido nuevo.

Reconocerse fue el inicio de su nueva vida. Y aunque no lo sabía en ese momento, esa verdad silenciosa fue su oración más sincera.

Reconocerse no es una tarea cómoda, pero es necesaria.

El silencio interior no debe ser un refugio para ocultarse, sino un espacio para escucharse.

Porque hay silencios que esconden mentiras, y hay silencios que sanan.

La diferencia está en si el silencio se usa para negar o para comprender.

El ser humano crece en la medida en que se permite ser sincero consigo mismo.

Reconocerse no es debilidad; es sabiduría. Porque solo quien se conoce puede conducirse con verdad.

En cambio, quien se miente vive girando en círculos, buscando



en los demás lo que debe encontrar dentro.

Y hay un punto en el que entendemos que la mentira no solo nos separa de los otros, sino de nuestra propia esencia. Nos desconecta del propósito, del sentido, de la calma. La mentira interior crea ruido, y en ese ruido se pierde la voz del alma.

Desde la Fe, reconocerse es un acto de amor espiritual. Dios no pide que seamos infalibles; pide que seamos sinceros. Porque en la sinceridad está la apertura, y en la apertura llega la luz.

Reconocerse ante Dios es decir: “Aquí estoy, con mis errores, mis dudas, mis heridas y mis ganas de aprender.”

Quien se reconoce, se encuentra con Dios dentro.

Porque solo quien se quita las máscaras puede sentir la presencia divina con plenitud.

Hermanos y hermanas, cada uno de nosotros lleva máscaras diferentes: la del orgullo, la del miedo, la del deber, la del “todo está bien”.

Pero llega un punto en que esas máscaras pesan tanto que ya no podemos respirar.

Y la vida, con su sabiduría, nos empuja a detenernos.

A veces lo hace con una pérdida, con un error, con un quiebre. No como castigo, sino como oportunidad.

Porque solo cuando algo se rompe, la luz puede entrar.



Y cuando esa luz entra, no ilumina solo lo bonito. También revela lo que escondíamos.

Ese es el verdadero momento del encuentro: cuando nos miramos con honestidad, sin reproche, sin miedo, y decimos “esto soy”.

Ahí comienza la transformación.

La verdad interior es una medicina.

No siempre sabe bien al principio, pero cura. Curar el alma no es olvidar, sino comprender. Y comprender exige reconocerse.

Cada vez que nos decimos la verdad, aunque duela, nos liberamos un poco más.

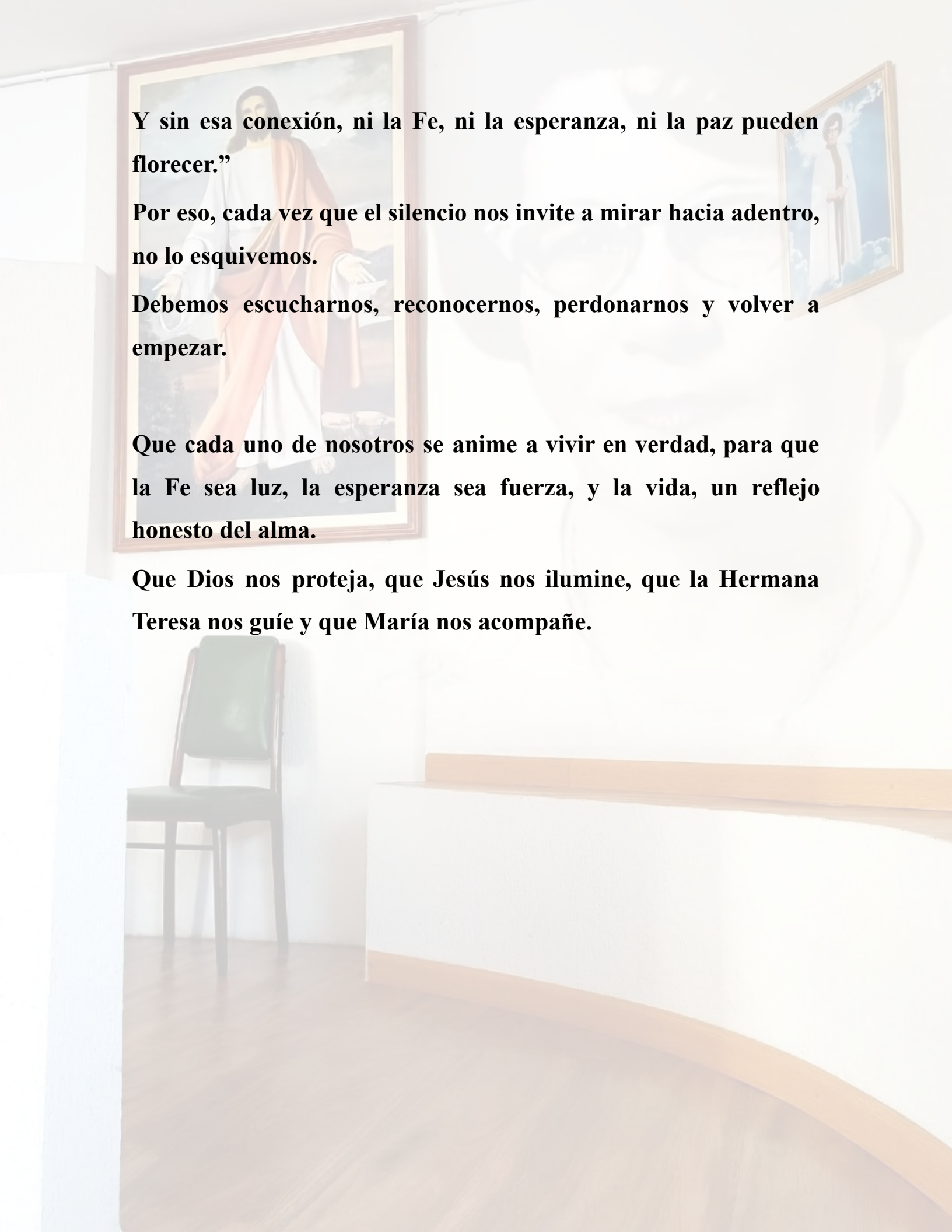
Queridos hermanos y hermanas, reconocerse no es un acto que se hace una vez, sino un ejercicio permanente.

Cada día nos enfrentamos con versiones de nosotros mismos: las que fuimos, las que somos, las que soñamos ser.

Y en esa convivencia interna debemos mantener la verdad como guía.

La Hermana Teresa una vez nos dijo: “La peor mentira no es la que dicen con la boca, sino la que callan con el alma.

Porque esa mentira les roba lo más sagrado: la conexión con vuestra esencia.



Y sin esa conexión, ni la Fe, ni la esperanza, ni la paz pueden florecer.”

Por eso, cada vez que el silencio nos invite a mirar hacia adentro, no lo esquivemos.

Debemos escucharnos, reconocernos, perdonarnos y volver a empezar.

Que cada uno de nosotros se anime a vivir en verdad, para que la Fe sea luz, la esperanza sea fuerza, y la vida, un reflejo honesto del alma.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.